

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

Al margen de la historia

POR LUIS ALMERICH, PUBLICISTA

Los papeles viejos tienen, en determinadas ocasiones, el mérito de servir de nobles y leales consejeros para el estudio de los problemas del día. Ahora que tanto se habla de la contienda europea en sus relaciones con nuestra nación, me ha parecido oportunísimo aconsejarme en los viejos papeles. Observo que escritores notabilísimos recurren a lecturas de tiempos pasados (*Azorín* entre ellos), y he seguido el ejemplo.

Gracias a él he podido saber cosas ocurridas durante mis primeros años, cuando mi mocedad apenas si me permitía deletrear en las hojas impresas, y así, me ha sido interesante saber que en 29 de septiembre de 1887, el representante de España en Tanger, señor Diosdado, comunicaba al gobierno español que el Sultán de Marruecos, Muley el Hassan, hallábase enfermo en Mequinez, a causa de una enfermedad extraña, que algunos consideraban como producida por un veneno, y que venía a facilitar las pretensiones del xerif de Vassan, a quien apoyaba Francia resueltamente. Tan alarmante debió considerarse la noticia, que el Sr. Moret ordenó, pretextando la instalación de un faro, la ocupación de la isla de Peregil y aun dispuso una demostración naval ante las costas del imperio marroquí.

Comentando estos hechos, dice un historiador en un libro anterior a la guerra: «Los franceses, en vista de la actitud de nuestro Gobierno, pusieron el grito en el cielo, y aunque el gabinete de París manifestó su conformidad con las precauciones adoptadas por España, y el día 6 el *Journal des Debats* publicaba un artículo diciendo que Francia no tenía prevención alguna contra nosotros, lo cierto es que el Gobierno francés concentró sus tropas en la frontera argelina, con la intención de avanzar sobre Ujda en el momento en que España desembarcase un soldado.

«La conmoción que produjo en Europa la actitud del señor Moret fué extraordinaria. Los representantes de las potencias signatarias del acta de la Conferencia de Madrid celebraron frecuentes reuniones, y después de muchas idas y venidas, Alemania — disgustada con Francia por los continuos incidentes que en aquellos días tenían lugar en la frontera de Alsacia-Lorena — se puso decididamente de nuestra parte, siendo su ejemplo secundado por Inglaterra, Austria e Italia, quienes nos dieron a entender que éramos muy

dueños de intervenir en Marruecos cuando nuestro Gobierno lo estimara conveniente.»

¿Es interesante, verdad? Tenemos por un lado Francia contra España y por otro Alemania en favor nuestro, y tanta sería la sinrazón de nuestra vecina que incluso Inglaterra se puso de nuestra parte.

También es interesante echar un vistazo a nuestra guerra con los Estados Unidos, ya que en el ataque al puerto de Manila aparecen detalles interesantes. Examinando viejos papeles — ya he dicho que esto es muy útil — encontraremos que al ir Dewey a bombardear la capital de Filipinas, se opuso al intento del almirante americano el almirante alemán, llegando a tal extremo la tirantez de relaciones entre ambos que el marino yanqui, exasperado, preguntó al marino teutón: «Es la escuadra de usted o la mía la que bloquea Manila?» Y aun hubo más: el cónsul de Alemania amenazó con cargar sobre Dewey toda la responsabilidad por el bombardeo, añadiendo que su nación exigiría veinticinco millones de dólares en concepto de indemnización. «Si V. E. quiere luchar haga un desembarco y ataque la capital por tierra, cosa no tan fácil como parece, pues Manila tiene defensas y los españoles son bravos».

Es una lástima que Azorín no se dedique a exhumar textos de esta naturaleza, que son frecuentes en la historia de nuestra patria. Para facilitarle la labor si algún día se decide a este examen de hechos, quiero recordar que un año después de nuestro desastre colonial, en una sesión famosa de nuestro Parlamento, el Sr. Sol y Ortega, popularísimo político republicano — y por cierto gran amigo del conde de Romanones — pronunciaba las siguientes palabras: «No hay duda, pues, de que el mundo nos cree muertos y nos mira como herencia yacente. Véase, si no, la conducta de las naciones con nuestras perdidas colonias y con los tristes restos que nos quedan. Un periódico, *La Independencia Belga*, ha dicho, hace pocos días, que se hará la paz del mundo repartiendo los restos de ese cadáver que se llama España, empezando por dar a Francia Cataluña y Navarra».

Es una lástima que Bélgica, próxima a ver repartidos sus *tristes restos* para *hacer la paz del mundo*, tenga que aplicarse la profecía que nos dedicaba a los españoles, como una prueba más de este cariño que, años después, cristaliza en el monumento a Ferrer Guardia.

Azorín encontraría materia abundantísima en nuestra historia moderna, para convencernos de que debemos sacrificar nuestro amor a la paz para correr en auxilio de esta Bélgica que nos reparte bonitamente, o de esta Francia que nos amenaza en Marruecos, y para combatir a esa odiosa Alemania que en el pleito marroquí rompe armas en favor nuestro y que en el pleito yanqui, cuando todas las naciones nos abandonan al derecho del más fuerte, pone en acción sus acorazados y cruceros «Kaiser», «Emperatriz Eugenia», «Gefion», «Irene» y «Cormoran».

Conviene mucho esta labor de Azorín, porque si agraviamos a los aliados, ¿cómo podrá seguir Francia encargándonos municiones y otros pertrechos de guerra? Antes que la patria y la justicia, el negocio. Hay que imitar a Inglaterra.



La Pedagogía

Para Azorín

POR LUIS VIOLA Y VERGÉS

DIFÍCIL, difícilísima es la situación que se ha creado el atildado maestro, siempre, cual moderno Don Quijote de la Mancha, dispuesto a romper lanzas en favor de la cultura francesa por nadie atacada, emprendiéndola contra la cultura alemana; y en vez de establecer comparaciones, en vez de ofrecer al público la tarea de sus estudios haciendo honor a su firma, desde su altísimo pedestal niega rotundamente la cultura de los germanos. Tomó en serio la imposición del tópico de la lucha por la cultura y la civilización con ayuda de senegaleses y cipayos, y en su apoyo, en vez de argüir por análisis cualitativo y cuantitativo, obedece ciegamente el dogma oficial de los aliados de Inglaterra. Acordaron oficialmente que los alemanes eran bárbaros porque en vez de dejarse pegar pegaban, en justa defensa propia, y de tal calificación deriva la plaga de lucubraciones periodísticas huecas de sentido común, de las que no ha sabido o no ha querido substraerse Azorín, que se agregó de pleno al grupo del intelectualismo avanzado (?), contribuyendo a la actuación de la insidia, a la negación absoluta de la realidad, sin perjuicio de que algún día subscriba otros escritos lamentando el desequilibrio del pueblo o la falta de lectores a quienes pretende ahora engañar impunemente, engreído por su superioridad mental y por el convencimiento de que nadie lee en España, y que de los contados que puedan refutarle, el respeto a su autoridad intelectual ahogará las protestas. Los profesionales del periodismo respetan más al maestro que a la verdad, el periodista está también sujeto a la política de su periódico, la publicación ideal de la libertad de expresión en su totalidad no existe, el periodista español es para las empresas como el cajista, el marcador o el maquinista para los regentes de la imprenta.

No obstante la evidencia, aunque se pretenda disfrazar por los maestros de la pluma, será siempre innegable; y si los profesionales, los de arriba se preocupan de que impere la mentira, los desconocidos nos sentimos con el valor suficiente para arrostrar sus desprecios externos y sus odios interiores. Alejados como estamos afortunadamente de esta guerra, cruel como todas las guerras, la misión del periodista, a mi modo de entender, debe consistir en la educación del pueblo, encauzando su vida interna, mientras sinceramente se le presentan en la forma más clara posible las cuestiones externas, derivando las consecuencias que noblemente se crea pueden influir en la vida, en el porvenir de la patria.

Azorín, procurando desnaturalizar las simpatías intensas que siente la absoluta mayoría por los Imperios Centrales, haciéndose cómplice oficioso de los enemigos de la cultísima Alemania, después del poco valor que concede a su firma, comete el delito, en él imperdonable, de lesa cultura.

El desarrollo mental se encauza desde las primeras letras, desde la primera enseñanza; y como en todo, en la pedagogía está también Alemania en primera fila; y como las afirmaciones deben siempre tener el debido apoyo, recurro a la pluma del malogrado eminente periodista francés Jules Huret, cuyos libros, poco conocidos en España, contienen un arsenal de datos para alegar en favor de Alemania y siendo siempre el testigo el relator de mayor excepción.

Dice el referido escritor en su libro «De Hambourg aux marchés de Pologne», publicado en 1912 (página 308):

«Yo he visitado las escuelas de todas clases de las cuatro partes de Alemania. Yo no me he ceñido solamente a comprobar que el «confort» y, sobre todo, la propiedad y la higiene sobrepasan muchísimo a las nuestras. Yo he querido asistir a las clases completas para darme cuenta sobre lo real y no sobre las teorías del sistema pedagógico alemán.

La diferencia fundamental entre los métodos alemanes y franceses, consiste en la importancia que se da todavía en Francia a los deberes de escritura y a los libros y en el valor enorme que tienen en las escuelas alemanas las lecciones verbales, los ejercicios mentales. Aquí, el alumno toma raramente su pluma durante las clases y su libro está siempre cerrado. El esfuerzo del maestro consiste en tener despierta la atención del niño por medio de interrogaciones sucesivas y variadas, esfuerzo potente que exige un celo y un amor a la enseñanza incomparables. Todas las materias son enseñadas en la misma forma: la lengua como la aritmética, la historia como la geografía y las ciencias naturales. El maestro jamás dice: «Recita». Pregunta al niño sobre todas las frases de la lección, las invierte y las repite tantas veces como cree necesario para que toda la clase haya comprendido y retenido las nociones que se proponga inculcar. Para tener la certeza que cada uno de los oyentes tendrá la atención y abrirá su inteligencia en todos los instantes del curso, el maestro, en vez de pronunciar antes el nombre del alumno para formular después el asunto de que se trate, procede inversamente. Una vez el asunto expuesto, los alumnos que lo saben o creen saberlo levantan la mano con más o menos prisa, según el grado de su seguridad, y es entre ellos que el maestro escoge al que deba responder.

Si un alumno tarda, muy a menudo, en levantar la mano, el maestro le pregunta particularmente y vuelve con él a empezar, con insuperable paciencia, las explicaciones y demostraciones precisas. Este método produce por lo menos un resultado: sostener de forma intensa y permanente el interés de los alumnos. Yo he asistido a muchas lecciones de una hora y no he visto ni un segundo aminorarse la curiosidad de un solo alumno, niño o niña.

De regreso a su casa el escolar tiene que resumir en su cuaderno la lección o lecciones del día. De esta forma se ejercita más su memoria y se fijará mejor sobre las nociones que deba asimilarse.

Al examen superficial nuestros alumnos parecen más brillantes, tienen el aire de saber más cosas, y yo puedo estar seguro de que sean en realidad más inteligentes que éstos de los pesados países germánicos, igual que los de los anglo-sajones. Mas estoy segurísimo que los escolares alemanes saben mejor lo que ellos saben; nuestros métodos farisaicos no sirven en nada a la inteligencia natural de la raza, la obstruyen; la elevan artificialmente, como una hermosa planta que un jardinero loco rodeara de guijarros en vez de nutrirla de tierra y de procurarla aire.»

Ante el sistema educativo expuesto, por el cual pueden deducirse lo que son sus escuelas superiores y lo que son las Universidades, no resiste la duda de nadie la alta cultura alemana; mas como que las enormidades publicadas por Azorín son de mayor calibre que los obuses modernos, hay que añadir el siguiente párrafo del mismo libro y del mismo autor refiriéndose a la enseñanza francesa:

«Nuestra forma de enseñar es una enseñanza de papagayos. Ella da lo menos malo, es verdad; permite al alumno y al maestro, por consecuencia, brillar, mas también procura el mínimum de resultados verdaderos.»

Siguen en la página 311 del libro referido multitud de casos para acreditar tales asertos, que no traduzco porque la finalidad mía no es ciertamente la negación de cultura a nación alguna y sí solamente protestar que por los mismos que debieran ilustrar a la opinión se niegue la evidencia.

Los juegos malabares del intelectualismo hemos dado en soportarlos a muchos erigidos en genios, congregantes de la cofradía Unamunesca; mas el intelecto de Azorín es más elevado, tiene más sólidos arraigos por la fuerza de su base y es algo para o por todos

querido intelectualmente y hay que contribuir, si es posible, a que se salve. La tempestad de escritos de profesionales, desconocedores de cuanto seriamente niegan o afirman, en avalancha potente arrastra obcecados del momento: mas de tan avasalladora inmundicia sería una lástima que no se salvara a tiempo el atildado escritor Azorín.

Situación económica de la industria alemana

Juzgada por los balances de Diciembre de los diferentes ramos de industria

Los balances publicados en septiembre del año pasado acerca de las operaciones mercantiles realizadas por las sociedades anónimas durante el ejercicio económico de 1914, se hallaban casi todos ellos bajo la impresión de los trascendentales acontecimientos ocurridos precisamente al finalizar dicho ejercicio. Ante las zozobras de un futuro incierto no era posible indicar nada concreto sobre los resultados y el desarrollo de dichas sociedades, las cuales parecían vacilar y no atreverse a publicar sus balances por no incurrir en faltas propias de las circunstancias por las que atravesaba el país. Publicados luego los balances correspondientes al ejercicio económico cerrado el 31 de julio de 1914, vióse que los resultados obtenidos por las grandes empresas industriales alemanas en dicha época eran más que satisfactorios.

Los balances correspondientes al primer semestre del siguiente año económico, balances publicados con algún retraso por la falta de personal en todos los establecimientos industriales del Imperio, son asimismo un testimonio fehaciente del poderío y de la enorme fuerza vital de la industria germánica. Es cierto que en algunas partes deja la situación económica algo que desear, convirtiéndose el superávit de años anteriores en un déficit poco edificante; pero ello se observa únicamente en establecimientos que por sus relaciones comerciales podrán, terminada la guerra, recuperar en muy poco tiempo las pérdidas sufridas por esta última.

A la cabeza de los balances de diciembre se halla naturalmente todo lo que tiene que ver directamente con los *suministros al ejército*. La cifra de las empresas encargadas de trabajar para la administración militar es no poco considerable, pues un ejército moderno, compuesto de millones de combatientes, necesita forzosamente una enorme cantidad de objetos y artículos para desempeñar su cometido a satisfacción. El balance de las empresas dedicadas a la fabricación y suministro de armas, proyectiles, municiones, explosivos y vehículos de guerra es brillante.

Entre los primeros establecimientos de esta clase que han sacado y siguen sacando gran provecho material de la guerra, figuran: LUDW. LOEWE & Co., DEUTSCHE WAFFEN- UND MUNITIONSFABRIKEN, VEREINIGTE KOLN-ROTTWEILER PULVERFABRIKEN y la DAIMLER MOTOREN-GESELLSCHAFT. La razón social DEUTSCHE WAFFENFABRIKEN ha repartido dividendos de 20 por 100 sobre un capital doble; lo propio ha hecho la fábrica de armas MAUSER, cuyas acciones se encuentran en poder de la primera de dichas empresas.

En cuanto a la casa LUDW. LOEWE & Co., los dividendos repartidos este año subieron a 30 por 100, contra 18 % el año anterior. La empresa, previsoramente como debe serlo todo establecimiento fundado sobre una base sólida y fuerte, ha podido atender desde un principio a todas las necesidades de la guerra, siendo su sección o departamento de «Máquinas-herramientas» uno de los más solicitados por la administración del ejército. Ello es natural si se tiene en cuenta que las granadas, de las que se necesita ahora una cantidad

mucho mayor que la que las fábricas pueden suministrar, requieren un trabajo preciso y exacto, que sólo puede llevarse a efecto con una máquina-herramienta que por su potencia y rendimiento constituya la última palabra de la técnica. La mencionada casa ha resuelto aumentar el capital social en otros 2 millones y medio de marcos, compuestos de acciones que los accionistas podrán adquirir a 107 %. Lo que esto significa para los accionistas se comprenderá teniendo presente que el cambio de las acciones antiguas es ahora cuatro veces más elevado que en la época de su emisión.

La empresa KOLN-ROTTWEILER PULVERFABRIKEN ha aumentado sus dividendos a 25 por 100, y la casa DAIMLER MOTOREN-GESELLSCHAFT propone la repartición de dividendos de 16 %, o sea el doble de los repartidos el primer año de su fundación. Hay más: esta empresa, una de las más fuertes de cuantas se dedican a la construcción de motores de aviación y otros, ha reunido reservas interiores y exteriores de suma importancia, iniciando así una era de prosperidad de nuestras empresas industriales en uno de sus puntos más importantes en toda la política de balances en estos calamitosos tiempos.

Los dividendos repartidos por una buena serie de sociedades y compañías de fama universal fueron considerables, brillantes, en el último año económico de 1914, si bien hay que decir que no en todas partes constituyen los dividendos lo *decisivo y esencial*. Lo esencial en todo caso es el balance como tal. En algunas compañías se explica el dividendo sobre un capital aumentado; otras han preferido repartir un dividendo inferior al del año anterior, sin embargo de hallarse en condiciones de distribuir dividendos iguales, cuando menos, a los del año pasado. Algunos establecimientos industriales prefirieron aumentar las amortizaciones, crear amortizaciones especiales o acrecentar los fondos de reserva, eligiendo en este último caso métodos muy diversos. En una buena cantidad de casos se han creado «Reservas de guerra», se ha aumentado notablemente el saldo destinado a nueva cuenta o se ha procurado reforzar de cualquier modo los fondos de reservas impuestos por la ley. Claro que no podemos incluir aquí el nombre de todas las compañías que han aumentado sus amortizaciones o fondos de reserva de esta suerte, ni indicar tampoco el importe de dicho aumento, pues ello sería transcribir el boletín o informe de cambios de la Bolsa de Berlín. Lo único que diremos es que estos importes alcanzan y pasan en muchos casos del millón de marcos, sobre todo cuando se trata de empresas cuya fama traspasa las fronteras del Imperio.

Una cosa hay que tener en cuenta y es que en los balances hechos a fines de 1914 se han incluido los daños producidos por la guerra, cerrando así definitivamente los doce meses de dicho año. Los fondos de reserva creados especialmente servirán, pues, para cubrir total o parcialmente los perjuicios que puedan sufrirse durante el año 1915 o que sobrevengan en los primeros meses después de terminado el conflicto. Las administraciones de dichas empresas no han hecho otra cosa, por tanto, que dejar expedita la vía para emprender el avance, ajustadas las paces, en todo el frente y recuperar el terreno perdido durante la guerra. No hay que perder de vista que las casas comerciales e industriales de Norte-América hacen todo lo posible para conquistar los mercados que desde hace muchos años vienen siendo abastecidos por las fábricas germánicas. La lucha de éstas será, pues, más ruda de lo que creen los propios interesados.

El número de empresas condenadas a la inactividad es reducido; la mayor parte trabaja sin descanso y despliega una actividad extraordinaria, revelando en sus balances que el conflicto ha sido para ella el único medio de salvación, gracias a la circunstancia de hallarse en estado de suministrar lo que se necesita.

Singularmente en la *industria textil* encontramos una serie de casos en los que las fábricas que hace apenas un año no estaban en condición de repartir dividendos, repartieron ahora dividendos de 12 por 100. Para no ir más lejos haremos aquí mención de la conocida razón social MIX & GENEST A.-G., la cual repartió 12 por 100, contra 4 % el año pa-

sado. Brillante ha sido asimismo el balance de la casa LORENZ A.-G., Fábrica de Teléfonos y Telégrafos, Berlín. También esta empresa ha tenido que aumentar su capital y repartir dividendos considerablemente superiores a los del año anterior. Lo propio diremos de las fábricas dedicadas a la confección de explosivos.

Pasando ahora a otras industrias interesadas indirectamente, por decirlo así, en el conflicto europeo, empezaremos por la *Industria molinera*, donde encontramos empresas que han tenido que desplegar una vivísima actividad para responder a las necesidades del consumo, obteniendo pingües ganancias pecuniarias. La razón social HERMANN-MUHLEN A.-G., Posen, descuella en este sentido entre las primeras casas del ramo.

La *industria del cuero*. También en esta industria se ha visto aumentar los capitales de una manera extraordinaria, lo cual no tiene nada de extraño si se tiene en cuenta que el artículo «cuero» corresponde precisamente a uno de los más empleados en el equipo de los millones de soldados que luchan en las fronteras oriental y occidental. Eso sí; las administraciones de la mayor parte de estas empresas proceden con mucho cuidado y precaución en la emisión de acciones, puesto que el mercado monetario debe estar listo a toda hora para cubrir los empréstitos de guerra que requiere el conflicto. Todas las transacciones mercantiles se realizan en esta y todas las industrias interesadas en la guerra sobre la base del pago al contado, sin acudir al crédito, a las letras de cambio y demás medios que suelen emplearse en tiempos normales. De esta manera se hallan las empresas en disposición de efectuar sus pagos en el acto y conservar en los bancos las sumas necesarias para dejar garantizado su desarrollo después de la guerra.

La *industria naval* pertenece también a las que trabajan en una elevada proporción. La mayor parte de las Compañías navales se hallaba en un período de general depresión antes de estallar la contienda, sufriendo especialmente por los malos precios que pagaban los centros interesados. Los astilleros perciben ahora una remuneración conveniente por su trabajo y pueden repartir buenos dividendos. Además de ello tienen la ventaja de tener garantizado el trabajo por espacio de algún tiempo. Con satisfacción puede verse cómo el ASTILLERO VULCAN, que es indudablemente uno de los más importantes y poderosos del ramo, va entrando paulatinamente en un período de prosperidad inusitada.

También la industria textil, como decimos más arriba, ha sabido sacar provecho del nuevo estado de cosas. No todas las empresas han podido participar por igual de él, es cierto, mas el fracaso sufrido por algunas de ellas, afortunadamente las menos, queda más que compensado con el magnífico éxito obtenido por las restantes. Sabiéndose entre los centros interesados que se trata de una «industria de coyuntura», muchas de las primeras empresas del ramo han tenido el acierto de pasar sumas cuantiosas a los fondos de reserva sin el menor perjuicio para los accionistas. La empresa NORDDEUTSCHE WOLLKAMMEREI, por ejemplo, la primera del ramo, no sólo ha aumentado las amortizaciones en más de 1 millón de marcos, sino que al propio tiempo ha pasado 2 millones a los fondos de reserva.

Entre los demás ramos de industria que sacan provecho de la actual situación citaremos los siguientes: el del alcohol, el del caucho, el de los automóviles y otros. La industria de la porcelana, la de la celulosa y la papelera, en cambio, llevan una vida precaria y ven reducir sensiblemente sus dividendos por la falta de colocación de sus productos. Las fábricas de linoleum, el mercado del terreno y el de construcciones se quejan, lo propio que la industria del champañ, de los malos tiempos y de las exiguas ganancias que les trae el conflicto. Mala es también la coyuntura en la *industria de la potasa*, si bien los interesados creen poder augurar una época de florecimiento después de la guerra.

Terminaremos haciendo mención de la *industria minera*. De los grandes establecimientos mixtos del occidente del Imperio, únicamente Gelsenkirchen cierra el ejercicio económico en diciembre, y del balance correspondiente al año en cuestión se desprende que la

empresa se halla en condiciones de repartir dividendos de 6 por 100. De la memoria se infiere que el establecimiento, que trabaja de modo que pueda resistir hasta la terminación del conflicto, espera un desarrollo inusitado en lo futuro. Parece que los demás establecimientos de Occidente se encuentran en estado de poder asegurar lo mismo.

En cuanto a las explotaciones mineras de Oriente, sólo los balances de DONNERSMARCHUTTE y OBERBEDARF se han dado a la publicidad y contienen cifras satisfactorias. También la BISMARCKHUTTE merece especial mención; aquí se cosecha ahora el fruto de un trabajo asiduo realizado por espacio de muchos años. Los buenos resultados obtenidos por esta explotación demuestran que un establecimiento dedicado exclusivamente a la producción de hierro puede desarrollarse brillantemente si se halla bajo la dirección de personas inteligentes y conocedoras a fondo del ramo. Esta afirmación la corrobora igualmente el balance de diciembre de algunas empresas que cerraron el 31 de dicho mes el año económico de 1914. Mencionaremos, por ejemplo, la EISENHUTTENWERK THALE, que con algunas cuantas especialidades ha sabido labrarse una posición que indudablemente suscitará la envidia de otros muchos establecimientos del ramo. A las *minas puras*, en cambio, no les ha ido tan bien en 1914, debido a la circunstancia de haber tenido que subir el coste de producción, de vender a precios más bajos que en épocas anteriores y de reducir la producción. El *lignito* ha traído balances de muy diferente calidad, si bien pudiendo asegurar que este producto, que desempeña un papel de suma importancia en las industrias nacionales, se encuentra en una época de gran oportunidad; algunas transacciones, como la de la marca ILSE, por ejemplo, han sido brillantes. La *industria de los productos secundarios* (coke y otros) tiene bastante que hacer en determinados ramos, de suerte que no es de extrañar que el balance de la OBERKOKSGESELLSCHAFT, una de las empresas más fuertes del ramo, arroje una ganancia bastante satisfactoria. La *industria salinera* ha cerrado el ejercicio económico en condiciones un tanto modestas, pero mejores que el año pasado. En la *industria de las máquinas* se han obtenido igualmente resultados que pueden ser considerados como satisfactorios si se tiene en cuenta que el conflicto hace sentir aquí sus efectos con mayor intensidad que en otros ramos diversos. La *industria de los metales* cierra con un balance verdaderamente brillante, efecto igualmente del conflicto.

Es de notar especialmente que también los ramos que están atenuados en mayor o menor escala al comercio de exportación y que tienen vivas y constantes relaciones con los mercados de Ultramar han obtenido en parte resultados no poco satisfactorios. Hasta la Compañía de vapores HANSA DAMPFSCIFFFAHRTSGESELLSCHAFT ha podido repartir dividendos de alguna importancia, si se tiene en cuenta el estado en que se encuentran, en general, todas las compañías de esta naturaleza.

Los balances de las casas dedicadas a la industria química, la que abastece casi todos los mercados del mundo, contienen asimismo cifras de consideración, cosa tanto más notable cuanto que nos encontramos en una guerra contra un mundo de enemigos. Esta circunstancia nos hace concebir muy halagüeñas esperanzas para después de terminado el conflicto, pues claro está que una industria que sabe mantenerse a la altura durante estos tiempos calamitosos, forzosamente ha de seguir prosperando en tiempo de paz, cuando no haya nada que estorbe la exportación de sus productos. En este sentido han fracasado miserablemente las esperanzas de nuestros enemigos, decididos a asestar a nuestra industria el golpe de gracia y suplantarnos en los mercados que hemos conquistado tras decenios de estudios y trabajos sin cuento. Nada le costará a la industria alemana, una vez terminada la guerra, reconquistar los mercados en los que había venido predominando hasta hace pocos meses. (*Revista de la Exportación Alemana*).

La careta amarilla

POR OTTO SEEDEL

PUEBLOS de Europa, proteged vuestros derechos sagrados! Esta inscripción se encuentra bajo un cuadro, hecho por el Kaiser, representando Germania, Francia y las otras grandes potencias en armas, contemplando un peligro común, y juntas luchando contra el mismo enemigo. Bendito sea aquel tiempo, en que tenían todas la voluntad única y solemne de guardar estos derechos; pero esta alta misión de Europa está muy lejos de cumplirse.

Pueden luchar los ingleses contra los alemanes, pero atraer nación alguna del Oriente en este conflicto europeo es un crimen, como no se registra otro semejante en la historia y es alta traición a los intereses de Europa entera, acelerando el peligro común, el peligro amarillo.

Alemania es el país del militarismo, de la barbarie, son hijos de los hunos sus habitantes: así se lee en la prensa, la cual tiene el propósito de dar un criterio falso a todos los que no conocen este país, fuente del progreso y de las ciencias. La gente que estaba en el centro de Europa, sea para estudiar o para sus negocios, ya sabe la intención de los enemigos de Alemania.

Hace mucho tiempo llegaron los diminutos hombres amarillos con los ojos brillantes a ese país, que da hospitalidad y conocimientos a quien los busca. Ha hecho más: los instructores del ejército del Japón eran alemanes, y no hay duda de a quién debe el Sol Naciente su progreso y su saber. Persuadidos estaban ya los alemanes de que este país era el foco de la falsedad y de la astucia fría; que la amabilidad y cortesía sumisas eran el barniz del disimulo malicioso. Pero al quitarse la careta, toda la falsedad se descubre ahora, asombrando al mundo su perfidia y mala fe.

Siempre han sonreído las caras amarillas. Sonreía el embajador japonés en Viena declarando que en la complicación actual entre Alemania e Inglaterra estaba lejos de darse el caso de la intervención del Imperio japonés. Sonriendo repitió su colega de Roma lo mismo. El de Berlín aseguró sonriendo la neutralidad del Japón, y que lamentaba mucho que sus compatriotas tuvieran que marcharse a causa de la situación política, ya que no podrían estudiar más, de momento, las organizaciones de Alemania; pero el Japón no olvidaría jamás lo que debía a este país, centro de la civilización, porque la cualidad nacional y característica del japonés era el reconocimiento. Claro es que, por aquel entonces el proyecto de la intervención estaba ya preparado, y el Japón esperaba solamente la señal de Inglaterra. Sonriendo habían desaparecido de Alemania los japoneses, para ponerse en lugar seguro y empezar entonces la hostilidad.

Según el texto original del tratado anglo-japonés no venía obligado el Imperio asiático a intervenir en manera alguna. Pero esto no importa. Rusia había movilizado contra Alemania y Austria-Hungría con la aquiescencia de Inglaterra. El hecho del ataque imprevisto contra Alemania queda plenamente demostrado. Si el Japón quería apoderarse de la colonia alemana de Oriente no le era preciso probar si tenía el deber o el derecho de intervenir.

El gobierno del Japón en el ultimatum exigió el retiro o desarme de los buques de guerra de los mares de Japón y China, dando como plazo el 15 de septiembre, así como la rendición sin condiciones de Kiautschou al Japón hasta el 23 de septiembre de 1914. Un diario de



Suecia, que está lejos de ser germanófilo, ha llamado al referido documento el «más desvergonzado y cínico que existe en la historia del mundo».

Hay que figurarse, pues, la indignación de los alemanes en cuanto se supo lo del ultimatum japonés. Estos señores también llegaban con oportunidad para robar, si acaso ardía la casa del vecino. ¿Qué heroísmo es éste? ¿Y cuál es el honor de la Gran Bretaña, que no satisfecha con poner su garra en otras colonias alemanas, ha lanzado a los mongoles contra una gran potencia Europea?

Escasos combatientes (4,000) alemanes quedaron expuestos al asalto de los grandes ejércitos japoneses; no obstante, el gobernador telegrafió al Kaiser: «Cumpliré con mi deber hasta lo último». ¡Cuánto heroísmo contiene la comunicación de aquel valiente jefe! Parece ser la respuesta y la lucha de un Leonidas. La plaza de Tsingtau resistió tres meses de asedio y costó a los sitiadores 10,000 bajas, la pérdida de un crucero, dos cazatorpederos y algunos otros buques, logrando escapar del cerco el glorioso crucero «Emden» para continuar sus hazañas, que han llenado de admiración al mundo. Sucumbió con gloria, pero los marinos salvados han recibido los honores que se tributan a los héroes, en Constantinopla. — La beata Inglaterra, aprobando este paso de los amarillos, daba el golpe mortal tanto a la ética del cristianismo como a la misión sagrada de los pueblos de Europa en el Oriente.

El *Nieuwe Rotterdamsche Courant* publicaba la noticia inglesa oficial: «La acción del Japón no tiene que extenderse más lejos de los mares de China, salvo la excepción de lo que exige la protección de la navegación japonesa; tampoco sobre las aguas del Oeste, los mares de China y en tierra a ninguna otra comarca, que las ocupadas por los alemanes».

Los ingleses mismos reconocen en el *Manchester Guardian* el peligro que existe para Inglaterra y China, si los japoneses se hacen dueños de Kiautschou. «Inglaterra — dice este diario inglés — tiene el derecho de hacer algo para sí contra esta colonia.» Sabemos que la diplomacia inglesa en nada ha estimado las reflexiones del propio pueblo, y ha lanzado a estos lobos amarillos no sólo contra Alemania, sino también contra sí misma.

Si entró en escena en Oriente, con su sonrisa, la careta amarilla, saben ahora los pueblos en el Pacífico que mira también otras comarcas. América y Australia verán quien las dispute la soberanía en tal Océano. La propia Inglaterra, que lanzó por primera vez en la historia a la lucha de los pueblos europeos los negros y amarillos, un día, de igual manera que Alemania, verá el rostro amarillo, simiesco, que todavía sonríe para la Gran Bretaña. Pero la Historia es la justicia del mundo y la que refleja los destinos de los pueblos!

Dos naciones europeas luchan por la soberanía del mundo, y tanto odia Inglaterra, que llamó en su socorro a la careta amarilla, que mira sonriendo a todo el mundo.

El embajador del Japón preguntó al gobierno alemán antes de salir: — «¿Qué sucederá con mis compatriotas prisioneros?» — «Les tratamos según los principios de la cultura europea, que son competentes para todas las acciones de nuestro gobierno», contestó Alemania.

Los pueblos europeos tienen todos el mismo interés en guardar sus derechos sagrados. ¡Desgraciado el que comete una traición en este punto! Inglaterra no puede ya corregir su falta. Siente tanto rencor contra Alemania, que se ha vuelto ciega, se ha unido con la careta amarilla y tocará un día los resultados de esta unión.

La consecuencia de este proceder se ve en Alemania. Hoy se ventila solamente el conflicto entre Inglaterra y Alemania. El mundo conoce ahora la careta amarilla, y América tomará sus medidas. La guerra se decidirá en el norte de Francia por ahora. Pero por Alemania no tendrá satisfacción si la potencia que ha arrastrado a los pueblos europeos está aún fuerte. Para amenazar a los teutones hace falta quitar la careta de los mongoles.

La potencia suprema es siempre para el más fuerte, no sólo militarmente, sino también moralmente. Inglaterra misma ha hecho rodar la piedra, que arrastrará a muchas otras,

y puede llegar el día en que no sea la reina del mundo y de los mares, pues el odio de los alemanes no desaparecerá, si hay aún uno de ellos en el mundo. Pocos héroes han perecido en el Oriente. Sobre sus cadáveres aparecía con ojos brillantes y sonriendo la careta amarilla. ¿No tienes miedo Albión? ¿Dónde está la guardia pactada? Y dijo el Kaiser: ¡Pueblos de Europa, proteged vuestros derechos sagrados!

Ejército y Escuela

Discurso pronunciado el día 14 de junio por el Catedrático de Lengua Alemana de la Escuela Profesional de Comercio de Valencia, D. Juan San Emeterio de la Fuente, con motivo de la visita que hizo a este Centro docente el ex-ministro y Catedrático Excmo. Sr. D. Francisco Bergamín.

EXCMO. SR.:

EN nombre del Claustro de la Escuela Profesional de Comercio de Valencia tengo la alta honra de saludaros, de daros la bienvenida y de rendiros un tributo de homenaje, de admiración, de respeto, de gratitud, de cariño, de compañerismo, por habernos honrado con vuestra presencia visitando este modesto Centro de Enseñanza. Y una vez cumplido este deber de cortesía, permitidme que pronuncie algunas palabras que sirvan de enseñanza y de edificación, como de enseñanza y de edificación sirven todos los discursos que pronuncia V. E. en el orden social y moral.

Dos cosas tiene Alemania que han contribuido a hacerla grande, poderosa y temida. Esas dos cosas son *el militarismo y la instrucción*. Al recorrer ese país, al visitar sus ciudades, lugares y aldeas vemos que los más soberbios edificios que posee el Estado son *los cuarteles y los centros de enseñanza*, casi todos suntuosos palacios, contruidos con todos los adelantos de la higiene y provistos del más perfecto y moderno material.

Aquella Prusia, pobre y anémica, que había agotado todas sus energías y consumido todas sus fuerzas en la guerra de los treinta años, que contemplaba asustada pueblos destrozados, ciudades arrasadas, que veía aterrorizada su suelo devastado, que carecía de industria, de comercio, de dinero, que creía estaba condenada como nación moribunda a desaparecer, no puede acomodarse fácilmente a la idea de la muerte y en un supremo esfuerzo, siente el ansia de vivir, percibe aún los aldabonazos de un corazón patrio, cree que la potencialidad de un pueblo no concluye con los golpes de muerte recibidos, que heridas las sufre todo el que lucha, que la sangre se restaña cuando hay aún espíritus vitales, que se pueden utilizar las energías que quedan y que un pueblo agonizante puede convertirse en patria vigorosa, con historia que respetar y destinos que cumplir.

Y Prusia principia a trabajar en su reconstitución, en su regeneración, y ella, con tenacidad sajona, crea un ejército verdad, fuerte, disciplinado, instruido. Y este ejército, siempre listo, siempre dispuesto para la guerra, le sirve no sólo para consolidar la paz interior y hacerse respetar en el exterior, sino también para pasear su bandera en marcha triunfal hasta Sedán y París y fundar el imperio germánico. Y ese ejército es la admiración del mundo, es el mismo que hoy lucha y el que hace vacilar a las naciones que pelean contra ella.

Pero Prusia comprende que no está la felicidad y el porvenir de una nación en tener un ejército fuerte y temido, y que hasta para poseer éste es necesario formar primero hombres inteligentes, vigorosos; que es urgente educar e instruir al pueblo para que conozca

sus deberes y para que sepa cómo puede y debe ayudar a la reconstitución de la nacionalidad. Y para eso sabe que no hay nada tan eficaz como la instrucción y la educación, y a ella quiere confiar la conservación, la perfección y el bienestar de sus generaciones, porque ella es la única que tiende a formar la riqueza del porvenir, haciendo una sociedad sana, fuerte y libre de injusticias hereditarias. Por esto difunde la enseñanza por todas partes, crea centros de instrucción hasta en las más humildes aldeas, aumenta universidades e institutos, establece escuelas especiales, establece escuelas de artes e industrias, escuelas de comercio y levanta suntuosos templos a la Ciencia, dotándolos espléndidamente. Aquella Prusia, moribunda ayer y convertida hoy en la fuerte Alemania, recoge el fruto de sus esfuerzos y el interés crecido de las respetables sumas que había señalado en sus presupuestos para la instrucción, y de ella salen los grandes pedagogos, los eminentes médicos, los hábiles cirujanos, los estudiosos veterinarios, los ilustrados matemáticos, los competentes ingenieros, los sabios naturalistas, los expertos marinos, los afamados artistas, los entendidos comerciantes. Ella es grande, rica, poderosa: ella es el centro de la industria y del comercio, ella es la fuente y el emporio de la civilización y de la sabiduría.

España, después del gran dolor con que cerraba su historia del siglo XIX, parecía que no se sentía con fuerza bastante para levantarse, parecía resignada, tranquila, silenciosa, en un estado cataléptico, tanto que alguien la confundió con la misma muerte y se atrevió a decir que España era una nación moribunda y que los españoles eran incapaces de regenerarse. Es verdad que este pueblo aturrido, agobiado, por tan tremendos golpes, parecía que como los niños que caen necesitaba de agena ayuda para levantarse, y alguien la deseaba, sin reparar siquiera qué brazos habían de incorporarlo y a qué precio tendría que pagar ese Cirineo. Pero España no ha necesitado ningún Cirineo. España no era una nación moribunda. La energía de los vascos y catalanes, la voluntad de los aragoneses, la laboriosidad de los castellanos, la vivacidad de los andaluces, la sobriedad de los valencianos y los muchos hombres ilustres, hijos de esas regiones, que hoy día juegan papel importante en la política, en las ciencias y en las artes, demuestran todo lo contrario. Un pueblo inteligente, sobrio, laborioso, entusiasta por su religión, amante de sus tradiciones y libertades no podía morir, no podía desaparecer. España iba despertándose, iba animándose. Ella estaba y está aun detenida en su carrera, pero saldrá de su silencio y de su quietud y manifestará su virilidad y su fe el día en que gobiernos sabios y fuertes la muestren claramente cuáles son sus obligaciones, cuáles son sus deberes. Miles y miles de ciudadanos, animados de buena voluntad, están preparados para el estudio, dispuestos para el trabajo, ansiosos de esconder bajo las glorias de una brillante reconstitución las amarguras de los pasados desastres. Ilustrados periodistas, insignes estadistas levantan su voz en la prensa y en la cátedra para despertar a los que parece duermen sueño cataléptico y para entusiasmar a la juventud, anhelante de redención, de patria y de progreso, trabajando por la edificación nacional, a fin de que España, siguiendo el ejemplo de Prusia, cree un ejército verdad y una instrucción verdad, únicos pilares sobre los cuales se debe basar nuestra regeneración.

España no es una nación moribunda. España no es aquella nación mandada enterrar por el insigne estadista inglés Salisbury. España vivirá, ella se levantará como se ha levantado Prusia, y volverá a ser rica, próspera, feliz. Ella ha progresado, aunque lentamente; ella ha creado en estos últimos años nuevas industrias, ella ha aumentado su comercio, ella ha establecido centros de cultura. Hombres ilustres, como el excelentísimo señor don Francisco Bergamín, que marchan a la cabeza del movimiento intelectual, inician corrientes de nuevas ideas en la educación popular para fecundar la agricultura, vigorizar la industria, impulsar el comercio, prodigar carreteras y ferrocarriles, modernizar la enseñanza, para que responda a las necesidades presentes de la situación que ocupa la patria en el mundo y se coloque a la altura de las luchas por la vida. El, con su clara inteligencia.

comprendió que nos encontrábamos en un período de transición, de ingreso a una nueva era, que la Escuela se iba ennobleciendo, que el Maestro se iba dignificando, que su sueldo se iba elevando, que el Presupuesto de Instrucción pública se iba aumentando. Y este ilustre patricio siente los impulsos del tiempo, prevé el porvenir, se coloca a la cabeza del movimiento y lo encauza hacia un nuevo punto. Reconociendo la tendencia del espíritu nuevo y el horizonte a que tiende este tiempo que corremos, aborda las reformas escolares, inaugura con decisión en lo que afecta a la educación de la juventud los nuevos caminos en los cuales es preciso que entre para que responda a las necesidades presentes. El cree que es preciso educar a la juventud para que emprenda nuevos rumbos, para que se formen ciudadanos del porvenir, ennobleciendo sus sentimientos, fortificando su voluntad, para que se formen hombres prácticos para el comercio, aptos para el trabajo fecundo en todas las iniciativas que exige el intenso desarrollo de la actividad moderna. El cree que es preciso abrir el espíritu de la juventud, ensanchar su horizonte, iniciarla en todas las empresas útiles, merced a las cuales una raza extiende su supremacía social entre otras razas constituidas. El cree que es preciso preparar una raza capaz de salir adelante, de dirigirse por sí, aun en países extraños, entre los emigrantes más aptos de otras razas, una raza que sea apta para tomar parte en la conquista del mundo, que se disputan actualmente los pueblos europeos. En este aspecto, más que en ninguno, las escuelas de comercio deben cumplir su misión. A esto tiende la obra realizada por nuestro ilustre compañero, reorganizando los estudios mercantiles.

Como V. E. tiene el tiempo limitado y su presencia es esperada ya en otro lugar, no es este momento oportuno para cantar las excelencias de esta obra y demostrar la importancia que tiene el comercio en el desenvolvimiento de la civilización de un pueblo. Yo me permito, excelentísimo señor, rogaros que completéis vuestra obra, y que así como habéis dotado a las escuelas de comercio de un plan de estudios conforme a las exigencias modernas, para que salgan de ellas legiones de hombres educados para el comercio, capaces de emprender de un modo eficaz la conquista de nuevos mercados y descubrir amplios horizontes a la producción nacional, que contribuyáis también a dotar a estos centros docentes de edificios propios y adecuados a sus enseñanzas, sin los cuales no podrán llenar cumplidamente su cometido, que iniciéis la *era de los palacios escolares*, como se inició un día en Alemania. Yo os suplico que trabajéis cerca de las autoridades de Valencia, que no salgáis de esta culta ciudad sin que ellas os hagan la solemne promesa, os den palabra de honor, de caballero, de allanar todas las dificultades, de remover todos los obstáculos, para que sea pronto un hecho la construcción de un edificio para Escuela de Artes e Industrias y Escuela de Comercio, que hace años está tratándose de hacer y que aun no se ha hecho. Que pronto principien las obras y que vengáis a inaugurarlas. Cuando esto suceda, haremos grandes festejos en vuestro honor, entonces nos perteneceréis por completo, porque vendréis a algo propio, a algo que es vuestro y que es nuestro. Entre tanto roguemos al cielo, queridos compañeros, para que conceda largos años de vida al ilustre compañero, que con la clarividencia de su portentoso talento ha sabido desarrollar y llevar a la práctica la nueva organización de los estudios mercantiles, colocándolos a tan gran altura y dignificando a los profesores de las escuelas de comercio. Los favores recibidos nos obligan a eterna gratitud. Seámosle, pues, agradecidos, porque la gratitud es propio de corazones nobles, sentimos que no pueda permanecer más tiempo en esta ciudad para rodearle de más atenciones, para obsequiarle más, para agasajarle más, para hacerle pasar horas felices entre nosotros; pero tengámosle siempre en grato recuerdo, honrémosle como se merece; pues así como los pueblos que honran a sus hijos esclarecidos se honran a sí mismos, así también al honrar nosotros a nuestro querido compañero nos honramos a nosotros mismos, honramos a las escuelas de comercio, a las cuales pertenecemos.

HE DICHO.

Las matemáticas alemanas

POR HEINRICH TIMERDING

Profesor en la academia técnica de Brunsviga

LA matemática es la ciencia más internacional. Su desarrollo no depende de particularidades nacionales; las verdades matemáticas son las mismas en todos los países y en todos los tiempos. La matemática posee en su lenguaje de fórmula un idioma mundial que está comprendido del mismo modo en todos los países del mundo. La ocupación con la matemática conduce a una uniformidad en el pensar y en las opiniones, que hace acercarse la personalidad de los matemáticos y los hace olvidar, o apenas sentir los estrechos límites nacionales. Así, ya desde los tiempos antiguos, han sido muy íntimas las relaciones entre los matemáticos de los pueblos civilizados y lazos de interés común y de amistad personal se extienden entre los matemáticos de todo el orbe. Parece tener una fuerza muy propia la matemática. Todavía en la primavera del año pasado, se reunió en París un número de matemáticos de casi todas las naciones para tratar cuestiones especiales, los problemas de la enseñanza y problemas filosófico-matemáticos, y reinando allá una unanimidad no entorpecida por ninguna prevención nacional. Antes de clausurar las sesiones, justamente por parte francesa fué manifestado el deseo de que estas relaciones cordiales entre los matemáticos de los distintos países sirvan como un paso más adelantado para el establecimiento de la paz mundial.

El deseo no fué cumplido. La guerra estallada no sólo puso frente a frente en un combate sangriento los ejércitos, sino también representó un abismo muy hondo que separaba los esfuerzos espirituales de los pueblos. Más y más se pone de manifiesto en los países no alemanes una animosidad que ve en el espíritu alemán solamente el dominio de la fuerza brutal y la opresión de los sentimientos más suaves y nobles de la civilización humana. Con esto se nos obliga a recordar lo que Alemania significa para el desarrollo general de la cultura. Poco nos importará si nuestros esfuerzos se estrellan contra el muro de prevenciones con que la injusticia del cielo encerró los corazones y la opinión de los hombres en el extranjero. No cesaremos en la fe en nosotros mismos y tendremos siempre presente lo que hemos dado al mundo, para seguir siempre más firmes y resueltos en nuestro camino.

Por eso precisa ahora preguntar una vez no cuáles son los progresos de la matemática en los últimos tiempos, sino ¿qué es, qué ha aportado a estos progresos el trabajo de los sabios alemanes?

Los franceses casi consideran la matemática como una ciencia únicamente suya, nacional. Pero esta opinión puede basarse solamente en un tiempo pasado, no en el estado presente de esta ciencia. Ante todo, es el colosal desarrollo de la ciencia francesa, que comienza con Descartes y Pascal, y llega al grado culminante en el tiempo de la revolución, lo que hace creer hoy todavía a los franceses en su predominio de las ciencias matemáticas. Sólo los alemanes les disputaron este predominio, porque éstos han llevado algo a la matemática, que ninguna otra nación pudo dar, y que yo quisiera llamar redondamente el espíritu filosófico.

El eje del desarrollo de la matemática alemana representa un hombre que en la opinión universal no figura como una de las personalidades más grandes del mundo sólo por eso, porque el radio de su acción no puede ser alcanzado por los cerebros de la masa popular: este hombre es Carlos Federico Gauss. La obra de este hombre deja atrás todo

lo que fué alcanzado antes de él en la matemática, no sólo en la ampliación del saber matemático, sino especialmente en la fundamental interpretación de las sentencias matemáticas. Donde un tiempo pasado se había conformado con analogías obscuras, pone Gauss la incondicional realidad de un pensar matemático. Esta iluminación naturalmente significa en muchos casos la renuncia a teorías filosóficas que eran concertadas con las evoluciones matemáticas. Como la matemática ocupa la combinación lógica únicamente para el desenvolvimiento de un material de hechos reconocidos en sus fundamentos, no puede formar ninguna sentencia que no sea encerrada ya en las condiciones originales. Con esto también resuelve la dificultad del Infinito, que tantos trastornos causaba al pensamiento, creyéndose poder suponer su existencia en la realidad, porque existe un método matemático de tratar el Infinito. También aquí fué el que iluminó la obscuridad por primera vez un sabio alemán, Bolzano. Es propiedad de la solidez alemana, que sigue trabajando, donde paró la ciencia extranjera. La teoría de las funciones elípticas, en cuyo verdadero sentido no podía entrar el francés Legendre, fué determinada por el alemán Jacobi y por el noruego Abel. Con la teoría de los números, sólo encaminada por Lagrange, establecían Gauss y Dirichlet, tratando de manera amplísima las formas cuadradas, el movimiento más admirable de espíritu humano.

El verdadero terreno del trabajo matemático de los franceses al principio del siglo pasado es la geometría. Los descubrimientos más brillantes seguían el uno al otro, y la ciencia amarrada por dos mil años con los estrechos lazos de tradiciones envejecidas, se desarrolló con una espléndida belleza y potencia. Pero, a pesar de esto, no hay duda de que fué el genio alemán el que sistematizó y amplió el estudio de la geometría. Ante todo, hago recordar el medio analítico indispensable, los coordenados homogéneos descubiertos por Karl Feuerbach, Moebius y Pluecker. Verdad es que justamente en este tiempo se formaba en Alemania una escuela, que evitaba sistemáticamente el empleo de medios analíticos en cálculos geométricos. Esta escuela, fundada por el genial Steiner y ampliada metódicamente por hombres como Standt y Reye, influye, aumentando la certeza de los argumentos lógicos, hasta nuestros días, en la geometría proyectiva. Pero el gran desarrollo verdadero vino por los métodos analíticos, uniéndose el sistema geométrico con las teorías de las funciones. Gauss había establecido la demostración de los números complejos; él mismo y Dirichlet habían penetrado de manera admirable los problemas de la física matemática con observaciones de la teoría de las funciones. En este fundamento se basó Bernhard Riemann con su teoría de las funciones de una variable compleja. Esta tendencia de la teoría matemática se inclinó bajo la influencia de Klebsch y de su escuela más y más a una inteligencia geométrica; fuera de Klebsch desarrollaron matemáticos como Zeuthen y Noether, siguiendo este camino, la teoría universal de la geometría algebraica, que últimamente fué ampliado considerablemente en Francia e Italia.

También puedo recordar la así llamada geometría anenclídica, que fué establecida por el genio especulativo de Gauss; Riemann la puso en comunicación con la matemática en general, y Félix Klein la dió su forma definitiva, basándola en la geometría proyectiva. La geometría anenclídica puso la geometría en relación íntima, por algún tiempo; pero después en violento contraste con la filosofía, y la teoría del gran pensador Grassman que sistematizó la definición de espacios con más de tres dimensiones. Los filósofos descuidaban en parte que la matemática, que no quiere más que obtener resultados lógicos por ciertas suposiciones, puede ser reprimida en la elección de estas suposiciones por las exigencias de una lógica sin contradicciones, pero no por exigencias de realidad o de evidencia. El último de la época de la matemática alemana, que podíamos llamar la geometría, es Félix Klein, discípulo también de Pluecker y Klebsch, que llevó a su colmo de elegancia y clara evidencia la unión de las averiguaciones analíticas con las demostracio-

nes geométricas. En este camino, que le condujo al fin extremo, al terreno de las funciones llamadas automorfias, se encontró con el matemático francés más grande, Henri Poincaré. La rivalidad entre los dos sabios igualmente geniales, nunca llegó hasta la desarmonía o diferencias personales, pues con toda armonía concluyó con los discursos, que pronunció Poincaré en Göttingen poco antes de morir. En este tiempo había experimentado la teoría una resurrección, despertada por fuerzas juveniles, y había encontrado un término inesperadamente rápido.

Mientras la ciencia matemática en Inglaterra quedaba en los comienzos, que había seguido al tiempo de Cayley, junto con la matemática alemana, tomaba ya otra dirección en Alemania. Esta dirección tenía por lo pronto como base los trabajos de los dos grandes matemáticos berlineses, Weierstrass y Kronecker, que seguían la tradición dejada en Berlín por Jacobi, Dirichlet y por el fino cerebro de Kummer. Puede llamársela en general la aritmetización de la matemática, y está identificada con una acentuación más pronunciada de la evidencia lógica y del anhelo de una generalización de los problemas. Esta universalización señala también la ciencia de Georg Cantor, aun muy diferente en su sentido propio, que transformó la doctrina del Infinito en una forma nueva, que hace recordar de cierto modo las antiguas teorías escolásticas, la así llamada doctrina de las cantidades. Esta doctrina representa la antítesis de la teoría de los números, que se basa en los números comunes, como los ofrece la vida diaria. Es uno de los hechos más notables de la matemática, que las simples observaciones de la divisibilidad de números enteros obligan a las más difíciles teorías, que ocupan todos los medios del análisis más alto, como se puede explicar por la pregunta a la existencia de los números primos bajo un límite dado, cuestión que Riemann inició tan brillantemente y que terminó Loudon hasta cierto punto. Además, es una de las verdades más hermosas de la matemática que los números enteros naturales soportan cierta ampliación, donde se repiten los temas fundamentales según las mismas leyes. De esta manera hay que comprender la teoría de los números algebraicos, confeccionada por Dedekind, Heinrich Weber, Hilbert y otros.

David Hilbert, en Göttingen, que hoy día domina no sólo la matemática alemana, sino esta ciencia en general, tiene su base totalmente en el dogma moderno que persigue el fin de la universalidad y de la ampliación. En esferas más lejanas dejó tal vez más impresión por la axiomática, fundada por él en lo que se refiere a sus teorías más esenciales, y que reduce todos los resultados matemáticos expresamente a ciertas fórmulas, los axiomas, como última base. Inició esta axiomática por su obra sobre los fundamentos de la geometría, extendiéndola a la aritmética. En esto congenia con el italiano Peano; en el último tiempo la empleó con éxito completo en la física matemática.

La física matemática es el terreno que al momento posee por el nunca sospechado desarrollo de los medios matemáticos y por su relación estrecha con los más importantes descubrimientos experimentales, el más grande interés. Aquí había Alemania emprendido una disputa principalmente con Inglaterra, que desde Newton se dedicaba seriamente a la física. Pero también en este terreno se mostró la particularidad de Alemania y del genio alemán. Una teoría, como la de las relaciones, fundada por Einstein y Minkowski, pudo desarrollarse únicamente en suelo alemán, y lo mismo quería pretender de la más nueva y más audaz de todas las teorías físicas, de la hipótesis cuantitativa de Planck.

A la física matemática se puede agregar el empleo de la matemática en la técnica. Pero aquí es difícil separar la una de la otra, si bien es cierto que justamente en Alemania, con nuestro anhelo de metodizar, comienza a formarse una matemática técnica bajo el nombre antiguo de «Matemática empleada», después de haber quedado oculta por mucho tiempo o en ramos de ciencia puramente matemática o en la estética gráfica, perfeccionada y sistematizada por Culmann. Con el empleo de la matemática en la técnica ya nos trasladamos a un campo, en que provocó especialmente admiración, pero también envidia,

entre las otras naciones, la colosal avalancha del espíritu alemán: es el campo extenso, enorme de la técnica. La técnica tiene el interés de todo el mundo, la matemática está limitada por su naturaleza a un estrecho círculo de profesionales; no es estimada en sus fines y es poco comprendida. Mucho menos tenemos que olvidar que su desarrollo está estrechamente relacionado con la perfección de la técnica. El mismo espíritu que se manifiesta en la labor mutua del matemático, conquista en la técnica el mundo material, y si proclamamos las glorias de la técnica alemana, tampoco debemos callar sobre la importancia que tenía y tiene para el mundo la matemática alemana.

Sobre Alemania

Para el ilustre Azorín

POR UN ABOGADO

Es lástima que un escritor de tan clara inteligencia, como el célebre clasicista, turbado en su espíritu por la actual campaña francesa de difamación, se dedique sistemáticamente a la tarea poco simpática de pretender destruir el valor científico de las doctrinas alemanas. Para Azorín, por lo visto, Alemania es un engendro; allí no se ha producido nada que valga la pena de ser llamado científico, original, de valor alguno en la cultura del mundo; y todo, en cambio, o casi todo, se ha producido por ese maravilloso *genio francés*. Nuestra admiración por Azorín — admiración de muchos años por su estilo brillante, sus profundas concepciones, su arte original —, nuestro amor por sus descripciones, va poco a poco, insensiblemente, paulatinamente, trocándose en afán de crítica por sus producciones; pero crítica sin amor, con deseo de no gustar de sus escritos, de hallar en ellos todo lo malo, todo el oropel que quizás encierran. Nosotros, también apasionados en la hora presente, pero apasionados por la justicia suprema y con el ánimo más sereno, sin embargo, evolucionamos en nuestros juicios sobre el Sr. Martínez Ruiz, a quien un día creímos un pequeño filósofo, otro día un gran literato, hoy un gran ignorante sobre todo lo que es y ha sido la nación alemana. ¿Y es que se puede ser un escritor de mérito, con pretensiones de influir en la opinión pública de un país desde las columnas de un gran diario, mostrando a todas luces un desconocimiento tan profundo de tantas cosas? No, indudablemente que no. Deje el Sr. Martínez Ruiz el camino de desprestigiarse que ha emprendido, torne a sus campos de Castilla y a sus descripciones poéticas, o si ha de seguir alentado por su amor a la *grande nation*, haciendo campaña contra Alemania, procure orientarse mejor y hable después con conocimiento de causa. De lo contrario será otro valor, el de su personalidad, que desaparecerá de entre nosotros, y realmente no andamos muy sobrados de valores para desear su pérdida.

* * *

Pero ¿es que existe Alemania? ¿Es que realmente debe algo el mundo a la cultura alemana? Nosotros recordamos haber oído de labios de grandes personalidades españolas y extranjeras que *las dos terceras partes* de la cultura mundial se deben a Alemania, que de allí ha salido la base de todo el saber científico moderno, en todas las orientaciones del humano pensamiento; y al leer ahora esos alegatos de Azorín no podemos menos de plantear el problema: ¿de qué lado se halla la razón?; es decir, ¿quién está en lo firme en sus aseveraciones, las grandes eminencias que aquello afirmaban o el ilustre Azorín? La solución no envuelve grandes dificultades; decididamente seguimos a los hombres de mayor prestigio, a las claras y serenas inteligencias que se hallan por encima de las

pasiones. Todo el talento y espíritu literario de Azorín no basta a convencernos; preferimos creer a los que son y valen más que él, a los ojos de toda la Europa culta, incluso de su amada Francia, y en la seguridad de que la mayoría de los españoles, aun de muchos francófilos decididos, sigue nuestro ejemplo.....

* * *

Dediquemos ahora unos renglones a la investigación por cuenta propia, y dejando para otros (médicos, ingenieros, artistas, etc.) hablar de lo suyo, vamos a tocar aquella parte del saber científico que conocemos de cerca; nos referimos a la ciencia jurídica, en la que indudablemente Alemania no ha sido superada todavía.

Con muy buen acuerdo, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos ha comenzado la labor de confeccionar unas *Guías* para el estudio del Derecho y Literatura jurídica de otros países, con objeto de dar a conocer a los juristas americanos las Instituciones jurídicas extranjeras, estudio importante de Derecho comparado muy solicitado en aquellas tierras. Y es interesante observar que la primera de esas *Guías* no se dedica a Inglaterra, país unido por tantos lazos y del mismo idioma; la primera obra de esta clase se dedica a reseñar la Legislación y Literatura jurídica alemana. Las causas de esta elección las explica su autor en el prólogo de la obra, y son a saber: «La importancia comercial de Alemania, sus esfuerzos para resolver los problemas económicos y sociales del tiempo presente, esfuerzos que han atraído una bien ganada admiración, y porque en ciencia jurídica, la investigación alemana durante la última generación, ha intensificado la verdad de la afirmación de Sheldon Amos hecha hace cuarenta años, que los resultados en la ciencia de la jurisprudencia dependerán principalmente de una mayor familiaridad de la existente hasta hoy en la educación jurídica, con la inmensa e invaluable literatura jurídica de Alemania. *La jurisprudencia moderna es esencialmente una creación alemana*. (*Science of jurisprudence*, p. 505.) (1)

Seguimos copiando: «Para el jurista un conocimiento de las aportaciones a la ciencia jurídica de la Europa continental y especialmente de Alemania es de gran importancia (página 8)». ¿Cuál ha sido el fruto de tantos años de los juristas continentales? Producir un cuerpo científico de Derecho, un sistema de principios basados en sólida filosofía, que condensados en el Código civil alemán ha despertado *la admiración de todo el mundo civilizado*..... Maitland, en su introducción a la traducción de la obra de Gierke, *Teorías políticas de las Edades Medias*, dice que el Código civil alemán es la exposición más cuidadosa de las leyes de un pueblo *que jamás se presenció en el mundo* (página 10). Y si dejamos por ahora los juicios de fuera de España, entre nosotros pregúntese a los catedráticos más eminentes, acúdase a buscar orientación, y sin salir de Madrid consúltese la opinión de Canseco en Historia del Derecho, Clemente de Diego en Derecho civil, Saldaña y Palacios en Derecho penal, etc., etc.; recuérdese el trabajo de los últimos años en la clase de Giner, búsquese orientación en Filosofía del Derecho fuera de Alemania, pregúntese a toda esa serie de personalidades ilustres que cultivan hoy en nuestra patria las distintas ramas jurídicas y seguramente la contestación será siempre la misma: Orientación en Filosofía del Derecho, Derecho Romano, Historia del Derecho, Derecho civil, Derecho penal, etc., Alemania y nada más que Alemania.

¿Cómo negar, por ejemplo, la enorme influencia que la filosofía alemana ha ejercido en todo el mundo jurídico moderno? «Cualquiera que sea el juicio que del contenido de un sistema se forma, dice de Krause un eminente filósofo español, *es éste un pensador de los que más hondamente han removido en estos tiempos nuestro petrificado espíritu nacional y ejercido más poderoso influjo en su cultura y sus manifestaciones*. Cabrá discutir la doc-

(1) Guide to the Law And Legal Literature of Germany By Ádwin M. Borchard Law Librarian.

trina de Krause; nunca la gratitud que directa o indirectamente merece de cuantos tienen en algo la emancipación, apenas iniciada de nuestro pueblo». Las citas de elogios bien merecidos a filósofos y juristas germanos serían verdaderamente interminables y llenarían muchos números de *A B C*. Hablando de Roder dice el más eminente de los nuestros que es uno de los *primeros jurisconsultos y pensadores que en la esfera del Derecho ha producido el movimiento de las ideas en nuestro siglo* y en que se ha encarnado lo más sano y puro de la Novísima filosofía. Sobre Kohler, famoso jurista, dice otro de nuestros más cultos e inteligentes profesores: «Contrastando con el especialismo, que suele ser la nota dominante en los científicos, y más aún en los jurisconsultos, de su país, posee Kohler cultura amplia, interés plurilateral y actividad multiforme».

«No hay seguramente hoy quien le iguale en la abundancia y en la variedad de sus producciones. Una revista publicó hace algunos años, con motivo del vigésimoquinto aniversario de su ingreso en el profesorado, un índice de sus publicaciones. Entonces alcanzaban el número de 526, entre libros, folletos y artículos diversos. De entonces acá no es fácil calcular el aumento, porque apenas hay día en que no aparezca algún nuevo trabajo suyo.»

«Tanto como la cantidad, admira la índole de sus producciones, porque pertenecen a los órdenes más diversos.»

«Cultiva el arte, tomando una posición neo-romántica. La forma no tiene para él significado ni valor alguno, sino como signo de expresión de la idea. Prefiere entre las Bellas Artes, la lírica y la música; admira a Bocklin y coloca a Wagner al nivel de Homero, Dante, Shakespeare y Goethe. Ha publicado trabajos sobre pintura, artículos literarios y humorísticos, poesías, traducciones (especialmente Dante y Shakespeare), y hasta varias composiciones musicales.»

«Más cerca ya de su especialidad, tiene, verbigracia, trabajos de carácter histórico, etnográfico y filosófico. De la ciencia jurídica apenas habrá un orden de estudios en que no haya abundantemente colaborado: la Doctrina general del Derecho; el Derecho civil, en su historia, en su parte general y en todos sus tratados especiales; el derecho mercantil terrestre y marítimo; el Derecho de seguros, el procedimiento civil y el Concurso; el Derecho y Procedimiento penal; el Derecho político y administrativo; la Filosofía del Derecho y el Derecho comparado son otros tantos capítulos del índice de sus obras.»

«Bien se comprende que no todas pueden alcanzar igual intensidad, pero nadie que lea sus artículos literarios y filosóficos, o vea su certero golpe de vista para catalogar cuadros, puede sospechar que su producción, fundamentalmente indiscutida, la más sólida y original, es un tratado de propiedad intelectual y de patentes.»

«Todavía hay que añadir que dirige o lleva todo el peso de varias revistas, llenando a veces números casi enteros con sus trabajos; que da en la Universidad tres o cuatro horas diarias de clase sobre materias tan heterogéneas como el Derecho civil y el Derecho penal; que dedica cierto tiempo a recibir en su casa a sus alumnos, y que aun le queda bastante para viajar en vacaciones por Europa o ir a pronunciar un discurso en Chicago.»

«Esa extraordinaria potencia de trabajo y el sentido ideal que informa sus obras son reconocidos incluso por aquellos que ponen reparos a sus construcciones y encuentran cierta pasión en sus polémicas.»

¿Y a qué seguir? ¿Es que vamos a descubrir hoy ante el público culto, por primera vez los nombres de Leibniz, Kant, Hegel, Cohen, Wundt, Schopenhauer, Niebuhr, Monnsen, Savigny, Eichorn, Gierke, Stammler, Leonhard, Laband, Arndt, Brentano, Sohm, Ihering, Liszt y tantos otros que forman una verdadera legión de hombres ilustres, de sabios eminentes? Puede discutirse la razón o sinrazón de Alemania en la guerra actual; pero su cultura, su profunda influencia en el mundo moderno es indiscutible, aunque otra cosa traten de demostrar algunos de nuestros ilustres escritores que, formados espiritualmente en Francia y saturados de su literatura, no conciben que exista otro pueblo más fuerte

y culto aun en la hora presente, y que con su voluntad dirige el movimiento espiritual de Europa en todo lo que va de siglo y fines del pasado. No somos nosotros solamente los que esto decimos, es la opinión de una gran mayoría de toda la intelectualidad universitaria de los países civilizados, y es lástima que el ilustre Azorín, gran intelectual español, no comparta con nosotros esa opinión, cosa que de todas veras sentimos.

Fragmentos de Historia

La fe española y las violencias del soldado imperial

POR FEDERICO HERNÁNDEZ ALEJANDRO, ABOGADO

SOLDADOS de una nación civilizada, de un país que tenía iglesias y museos, bibliotecas y templos; soldados a los que mandaba un altísimo jefe de la milicia de aquel país, el mariscal Víctor; soldados que no habían sufrido la más leve hostilidad ni agresión de parte de la tan pacífica como sin par hermosa Toledo, la cual a aquellos abrió sus puertas en diciembre de 1808, tales soldados incendiaron, sólo movidos por odioso instinto de destrucción, tan selectísima obra de arte, desapareciendo entre las llamas y los escombros, no sólo la portentosa labor del claustro, su exorno incomparable y sus preciosidades, hijas de la radiante fantasía del genio, sino que, además, retablos que eran joyas del pincel y de la gubia, como el del presbiterio de la iglesia de aquel convento, su archivo, su biblioteca, su valiosa sillería gótica, sus riquísimos libros corales con miniaturas de mérito singular, todo, sin causa, sin sombra de pretexto, por furioso, incomprensible encono, todo fué devastado, pulverizado por los sañudos invasores. «Como elocuente protesta, leemos en cierto notable libro, contra la barbarie de sus destructores, la reconstrucción del claustro fué intencionalmente comenzada el día 2 de mayo de 1883» reconstrucción debida al inspirado Arturo Mérida.

Igual aciaga suerte sufrió el Alcázar toledano, obra insigne ejecutada merced a los auspicios del César Carlos V, por Covarrubias, y rematada con éxito grandioso, bajo la dirección de Juan de Herrera, en tiempos del segundo Felipe. «Las tropas francesas, leemos en el citado libro de Madoz, sin más motivo que su capricho en una ciudad indefensa, le entregaron (el Alcázar) a las llamas en 1809»; estrago que, siempre sin excusa que le explicase siquiera mediante a bélicas exigencias, se repitió por las mismas asoladoras legiones del soberbio Imperio el día 31 de enero de 1810 y más tarde, en 1813.

La célebre basílica de Santa Leocadia, templo fundado en uno de los primeros siglos del cristianismo, fué demolida en gran parte por las frenéticas huestes napoleónicas (1). Lo propio aconteció, para infortunio del arte y de la cultura, con el lindísimo santuario de Santa Bárbara, con el convento de Santa Catalina y con otros edificios religiosos, a los que hicieron sentir también los efectos de la funesta irrupción.

No ya relato más o menos amplio, sino que ni siquiera alusión levísima a los desafueros y tropelías realizadas en la gloriosa y artística ciudad, cuna del sabio Alfonso, en la imperial y hermosa Toledo por las gentes del inicuo invasor, hacen los autores de ese especial género de literatura histórica llamado «Memorias», tan cultivado por los franceses. Las que ocupándose de la que aquéllos denominan «Guerra de España», fueron escritas por Bigarré y Sarrazin, por madame Laura Fermon, mujer del general Junot, y por el abate

(1) Se reconstruyó y restauró la basílica de Santa Leocadia en los años de 1816 y 1826, y, por último, se aumentó y renovó en 1845 bajo la dirección del ilustre arquitecto de la Academia de San Fernando y de la Real Casa, D. José Alejandro y Alvarez, abuelo materno del que esto escribe.

de Pradt, por el que fué intendente del palacio del rey intruso, José Bonaparte, el conde Miot de Melito, y por el mariscal Jourdan, por Rocca y por el general Hugo, por Suchet, Marmont y por la cortesana conocida con el nombre de Ida Saint-Elme; toda esa numerosa bibliografía, lo mismo que las narraciones que a la historia de nuestra inmortal lucha por la independencia nacional dedican Thiers, los autores de *Victoires, conquêtes, etc.*, y muchos más, han sido leídas reiteradas veces por nosotros; y podemos afirmar que los escritores que redactaron tales libros, entre los cuales escritores figuran algunos que como el teniente de húsares Rocca, segundo marido de madame Staël, y Sarrazin y Suchet, presenciaron sucesos tan reprobables, o estuvieron de ellos muy cerca, no insinúan tan sólo la idea de haberse cometido los desmanes, incendios y destrucciones que en maravillosos monumentos toledanos realizaron los vélites de Ruffin, los granaderos de Villate y los dragones de Latour-Maubourg. Importa poco ese silencio premeditado; porque no por él, el duque de Belluno, jefe de aquéllos, queda relevado en su recuerdo de la inflexible censura de la Historia.

A terribles depredaciones entregó Ney, el duque de Elchingen, el héroe de Eylau, de Dresde y de Borodino, «le brave des braves», por tiempo de tres días, plazo que pareció sin término a las infortunadas víctimas, a la indefensa ciudad de Oviedo, allá en mayo de 1809; no ganando seguramente ninguna gloria con tales despojos y pillajes, el nombre del que en las heladas estepas rusas en la horrorosa campaña de 1812 alcanzó gran fama.

Tomándolo de Toreno y éste de la *Gaceta del Gobierno*, de 24 de abril de 1809, a propósito de las ominosas y crueles acciones consumadas por las tropas de Víctor en afligidos e infelices españoles, a consecuencia de la desgraciada batalla de Uclés, dice Miguel Agustín Príncipe (1): «Después de aquella rota desastrosa, entraron los franceses en Uclés y cometieron en ella tantas atrocidades que la pluma se resiste a escribirlas. Atormentaron a muchos para averiguar si habían ocultado alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas a manera de acémilas a algunos conventuales y sujetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros muebles y objetos inútiles, para quemarlos después con grande algazara en los altos del castillo. No contentos con tan duro e innoble entretenimiento, remataron tan extraña fiesta con un acto de la más insignie barbarie. Fué, ¡cáese la pluma de la mano! que cogiendo a 69 habitantes de los principales, y a monjas y clérigos, y a los conventuales Parada, Canova y Mejía, atraillados y escarnecidos los degollaron con horrorosa inhumanidad, pereciendo algunos en la carnicería pública. Sordos ya a la compasión los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de más de 300 mujeres, de las que acorraladas y en montón abusaron con exquisita violencia (ABRASÁNDOLAS VIVAS DESPUÉS, añade el autor anónimo de la «Vida de Fernando VII»). Prosiguieron los escándalos en el campamento, y sólo el cansancio, no los jefes, puso término al horroroso desenfreno». «Le 15 au matin, escribe Rocca, oficial de caballería que se halló en la batalla de Uclés (2), nous rencontrâmes à trois lieues de cette dernière ville (Ocaña), les prisonniers espagnols qui venaient d'Uclés; beaucoup de ces malheureux tombaient accablés de fatigue, d'autres mouraient d'inanition: *lorsqu'ils ne pouvaient plus marcher, ils étaient aussitôt impitoyablement fusillés. Des mesures aussi violentes, prises à contre-temps contre des ennemis désarmés qui devaient être protégés par leur faiblesse même, ne pouvaient dans aucun cas être justifiées par la nécessité des représailles*».

De rapiñas vivía el ejército que mandaba el mariscal Soult, el orgulloso duque de Dalmacia, mientras permaneció en tierras de Plasencia, según se lee en un eminente historiador de nuestra guerra de la Independencia, talando campos, incendiando pueblos y cometiendo todo género de excesos. Arrancándole del lecho donde por la enfermedad y

(1) *Guerra de la Independencia. Narración histórica de los acontecimientos de aquella época.* Tomo II, pág. 342. Madrid, 1846.

(2) *Mémoires sur la guerre des Français en Espagne.* Deuxième édition. Paris 1887, pág. 79.

por los años se hallaba postrado, fué el venerable obispo de Coria, el casi nonagenario D. Juan Alvarez de Castro, sin piedad fusilado. Foy, que formaba parte de uno de los segundo, quinto o sexto cuerpos que en aquella época (1809-1810) estaban a las órdenes del que desde simple soldado llegó a ostentar un título que sólo Villars, Mauricio de Sajonia y Turena habían llevado, pudo muy bien ser testigo ocular de tantas vejaciones y atropellos perpetrados por las tropas del que calificó años después, en su ingratitud, a Napoleón de «usurpador y aventurero», aunque al siguiente día le sirviera sumiso como jefe de Estado mayor del último ejército que acaudillara Bonaparte. Pingüe cosecha ofrecían a la concupiscencia de Sébastiani la plata y joyas de las iglesias y conventos de Murcia. La fe católica había por espacio de siglos y por muchas generaciones depositado en aquéllos sus ofrendas y sus dones, testimonios de su religiosidad. Pero el guerrero de Marengo, el vencedor de los ingleses en los Dardanelos, se dejó dominar por la codicia y nada respetó, profanando la catedral e interrumpiendo sacrílegamente los divinos oficios. Bien es cierto que años después hubo de sufrir la acerba pena de contemplar el ensangrentado cadáver de su única hija, a la que asesinó su marido, el duque de Praslin. ¿No parece esa tragedia algo como una punición infligida por la Providencia al depredador de Murcia?

«De la mas ilustre Fabrica que se conoce en el Orbe; de la Maravilla de España, y del mundo; ó por dezirlo mejor, de todas las Maravillas que celebran los siglos», como literalmente se expresa el P. Francisco de los Santos (1); «del primer monumento de España, y aun me atreveré a llamarle de Europa; el más bello y completo edificio que han producido las artes, el templo más augusto de la cristiandad, el más incontestable y elocuente testimonio del saber, civilización y poderío de la nación española, la página más elocuente de su historia en el siglo XVI» (2); de ese admirable monasterio, del de El Escorial, elevado para conmemorar la derrota del condestable de Montmorency en la célebre jornada de San Quintín, el 10 de agosto de 1557, sacaron los franceses tesoros valiosísimos, en 1809 y 1810, allí, y singularmente en el templo, en la sacristía, en los Relicarios y en las salas de Capítulos acumulados por la munificencia de pontífices y de reyes y por la devoción de los pueblos. Joyeles de cristal con guarniciones de oro esmaltado; cajas de plata de tres cuerpos, sembradas de filigrana y de innumerables piedras preciosas; vasos muy hermosos de ágata, guarnecidos de perlas; arquetas de exóticas maderas forradas de labrado guadamecí cordobés; templete, pirámides, pequeñas efigies y custodias de sorprendente belleza artística y de valor material incalculable; cruces procesionales, maravillas de la orfebrería española de los siglos XVI y XVII; minúsculos, pero prodigiosos argentinos altares; joyas sagradas con que se enriqueció el grandioso monumento debido a la piedad del hijo del Emperador glorioso y al genio de los Toledo y de los Herrera; pinturas estupendas, cuadros del Tiziano y de Pablo Veronés, lienzos de Allegri y de Rubens, de Rafael y de Ribera, del Tintoreto y de Andrés del Sarto; vestiduras y ornamentos sacerdotales, frontales y dalmáticas de telas de oro y plata con primorosos bordados, con matices de relieve de canutillo y perlas; ternos de raso carmesí, con turquesas finísimas, de terciopelo, de seda; pectorales de brocado, suntuosísimos, con esmeraldas, con rubíes, con diamantes; excelencias, maravillas del arte, tesoros incomparables, galas y esplendores de la inspiración y de la labor humanas, objetos venerandos del sentimiento religioso español, de todo fué despojado por los invasores, o por orden de aquel a quien servían, tan magnífico santuario. «La mano profana de Mr. Quillet, escribe Rotondo (3), nada perdonó, y su

(1) *Descripción del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, etc.* En Madrid. En la imprenta de Bernardo de Villa Diego. Año de MDCLXXXI.

(2) D. José Quevedo, *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado comúnmente del Escorial*. Madrid, 1854.

(3) *Historia descriptiva, artistica y pintoresca del Real Monasterio de San Lorenzo, etc.* Madrid, Eusebio Aguado, 1863.

lengua sacrílega hacía estremecer a cuantos le oían; trataba de destruir lo que no podía llevarse». Se apresuraba el impío francés, dice el canónigo Quevedo, en cumplir su comisión, y mandaba empaquetar cuantos objetos de bellas artes encontraba en el monasterio: pinturas, estatuas, los libros de coro, todo estaba destinado para adornar la capital de Francia..... Hubo día en que se vieron reunidos 300 carros y 500 caballerías que marcharon cargadas con los objetos preciosos que la generosidad y grandeza de los monarcas de España habían reunido allí por más de dos siglos, dejando el esqueleto sólo de aquella maravilla».

El Escorial, no únicamente fué en su tesoro expoliado, sino que al edificio mismo se le despojó de preciosidades artísticas, mutilando unas, destrozando completamente otras: el tabernáculo magnífico, hecho por Jacobo de Trezzo, fué arrancado del altar mayor, y muchas de las piezas de aquella obra maestra se rompieron, perdiéndose otras; las estatuas de bronce del retablo y de los regios enterramientos fueron en parte destruidas, y al maravilloso Crucifijo de Benvenuto Cellini se le quebraron los brazos.

Ultrajes inferidos a las artes, a los monumentos, a la obra y al espíritu de una raza, si los corazones de los hombres generosos les perdonan, la memoria de la posteridad no les olvida. Ofensas causadas a pacíficos habitantes, a débiles mujeres, a decrépitos sacerdotes, no más que porque los unos eran hijos de un país injustamente invadido, porque las otras eran mujeres en cuyas gracias saciaron su lascivia los invasores, o porque los últimos tenían la cualidad de ministros de un culto que escarnecían aquellos; esos agravios, esas sevicias, esas muertes, en tanto desventurado, en tanto inocente ejecutadas, tenían que hacer al tiránico, implacable irruptor, objeto del odio español. No podían, no, convivir ambos pueblos en la ibérica península. Los destructores de las grandezas de Toledo, de los portentos de la Alhambra, de los hospitales, mansiones del dolor y de la tribulación; los que bombardearon monasterios como el de Santa Engracia y basílicas como la de Nuestra Señora del Pilar; los que saquearon Córdoba y Cuenca, El Escorial y Burgos; los que de Murcia y Sigüenza se llevaron las joyas de los templos; los que fusilaban a ancianos monjes y violaban a las vírgenes de los claustros; los que a Simancas despojaron de sus más curiosos documentos; los que en Sevilla hubieron de apoderarse de los más hermosos cuadros de Murillo y de Zurbarán; los que se mofaron de las creencias de nuestro pueblo y los que atentaban con sus befas y burlas al sentimiento religioso de España, no podían conquistar con semejantes aborrecibles armas tan abnegada y virtuosa nación.

No se mostró entonces el soldado del poderoso Imperio como heraldo de la civilización, como el emisario de un pueblo culto que por todas partes quiere difundir el progreso y el saber; no realizó aquí aquellos tres ideales que, cual seductores lemas, figuraron en las banderas de los ejércitos, de los que la mayor parte de los mariscales y generales al servicio de Napoleón procedían. Y esos soldados, esos generales, esos mariscales, que todo lo asolaban, que todo lo destruían, archivos, alcázares, templos, monasterios, eran los mismos que acataban los mandatos del que, como una de las instituciones científicas y literarias del Imperio, reorganizó en su palacio de Saint-Cloud el Instituto de Francia, dividido en cuatro clases, una de las que, la tercera, tenía por objeto, entre otros, las investigaciones, conservación y trabajos respecto de las antigüedades y monumentos. ¡Qué sarcasmo, por lo menos en lo que se refiere a nuestra patria, tal propósito!

España fué elegida por aquellas legiones cual campo de botín, tierra de devastación, lugar de exterminio: nada fué respetado, y lo primero que se vilipendió y lo primero que se trató de extirpar fué el sentimiento religioso. ¡Empeño vano, infecundo designio! Un pueblo que tiene puesta su confianza en Dios, no se arredra ante el peligro y se dispone cada vez con más energía a la lucha. El sentimiento religioso de los españoles, más fuerte e incontrastable que las graníticas rocas de la carpetana cordillera y más hondo que las raíces de los viejos robles de nuestros bosques, permaneció inmutable y vigoroso. «Es

una falta muy grande, dijo un renombrado mariscal que peleó en la guerra de España, y un gran mal el ensañarse así con las convicciones de los hombres; es una guerra interminable, porque la conciencia está por encima de la fuerza y no se gasta como ella; y ese sentimiento, esas convicciones hicieron que el que consintió que las ultrajaran, cayera primero en Bailén, luego en el Beresina, después en Leipzig y por fin en Waterloo.

Impresiones de Alemania

A la entrada ⁽¹⁾

POR DELFÍN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

CUÉNTASE que a la muerte de Cánovas del Castillo, dijo Sagasta: «Ahora ya, todos los políticos que quedamos podemos tratarnos de tú». Y nosotros, al pisar tierra alemana, parodiando esa aguda frase, pensamos que nuestro país puede también tratar de tú a todos los del continente europeo, excepto al alemán.

Todo pregona la opulencia, el poderío, la fortaleza, el orden, la reglamentación sabia y rigurosa del gran Imperio, en cuanto se llega a su frontera, y si es de Francia de donde se va hacia ella, la inmensa superioridad en que todas esas cualidades se compendian para el visitante, resalta con tal fuerza, con tal violencia, que casi parece como que lastima, hasta a quien no es francés ni siente por Francia especiales simpatías. Son los campos: menos cuidadosamente cultivados, quizás, pero más accidentados, más variados, más bravíos; son los pueblos que se ven al pasar: menos bonitos, pero más serios, con construcciones más robustas; son las montañas: más altas, más imponentes, pobladas de bosques seculares; son las estaciones del ferrocarril: más amplias y con todos los servicios mejor organizados; son los vagones de los trenes: mayores, de aspecto más suntuoso exteriormente y más lujosos y cómodos en su interior; son los empleados: más atentos, en medio de su gravedad, y más correcta y elegantemente uniformados; son, en fin, hasta las vallas que aislan las vías, hasta las portillas, y las casetas, y los muros de los terraplenes, y los puentes, que parecen más sólidamente contruídos, más resistentes, más definitivos... Esa, esa es la diferencia esencial que se advierte desde el primer momento en todas las cosas: antes de pasar la frontera, cuanto se podía contemplar, daba la sensación de lo efímero, de lo provisional; al otro lado, todo lo que la vista abarca, podrá no serlo, pero tiene aspecto de eterno. Tal es, al menos, la impresión que se recoge desde el coche en que uno viaja, con sólo asomarse a la ventanilla. Nosotros íbamos en este nuestro primer viaje, de Bélgica, de Lieja, y aunque en esta población y en el corto recorrido que media desde ella hasta la frontera, se advierte ya claramente la influencia alemana, así que el tren se detuvo en la primera estación de la Prusia rhenana se nos hizo perfectamente sensible la entrada en un país distinto, en un país superior. Todo lo revelaba: las gentes que llenaban los andenes, el orden que reinaba, sin embargo, el aspecto de la estación misma, el del pueblo que se veía fuera de ella. Y por si alguna duda nos quedara, un empleado de la Aduana subió a nuestro departamento, nos preguntó si llevábamos alguna cosa que debiera pagar derechos de entrada y, dando crédito a nuestra respuesta negativa, trazó una contraseña en nuestras maletas con una tiza, y dió por terminada su inspección. En Bélgica y en Francia, lo mismo que en España, menos atentamente que en España, nos habían obligado a descender del coche y a llevar nuestro equipaje a una sala y a abrir, sobre un mostrador, todos y cada uno de nuestros bultos.

Después, a una indicación, apenas perceptible, del jefe de estación, el tren se puso en marcha nuevamente, sin que se oyera una voz, ni un silbato, ni toque alguno de campana, y al poco rato llegábamos a *Aachen* (Aquisgrán).

(1) De la obra recién publicada, «Las grandes catedrales de Europa. — La de Aquisgrán».